

LA TRAGEDIA DE EDIPO

Armando Hinojosa*

LA LEYENDA de Edipo es uno de los muchos temas que la riquísima mitología griega proporcionó a los trágicos. Y como la creatividad es hija legítima de la libertad, los griegos trataron a sus dioses y a sus héroes en la forma que mejor les pareció, con lo que tuvo origen la increíble productividad artística y literaria de la época de oro griega. Así, cuando nos referimos al tema de Edipo, debemos recordar que se trata de una leyenda con diversas variantes y que distintos trágicos tomaron los mismos asuntos, dándoles tratamientos igualmente variables. Sabemos que algunas trilogías fueron escritas sobre los argumentos del llamado ciclo tebano. La de Sófocles es la única que se conserva completa, y consta de las tragedias de Edipo Rey, Edipo en Colono, y Antígona, tragedia esta última en que Edipo ha muerto ya.

En la clásica interpretación psicoanalítica, el mito de Edipo se ha tomado en su forma más sencilla, circunscribiéndolo a la historia de un hombre que, por decreto del destino, se desposó con su madre después de haber dado muerte a su padre, y se arrancó luego los ojos como autocastigo. De este último hecho, Freud tomó algo probablemente exclusivo de la tragedia de Sófocles, pues el autocastigo de la ceguera no es elemento indispensable del mito. En Homero, Odiseo relata las cosas de diferente manera: Edipo muere más tarde y probablemente en un combate, y no hace mención de que Edipo engendrara hijos con Yacasta. Es interesante señalar que Freud, creador del famoso concepto del complejo de Edipo, tomara de la tragedia de Sófocles solamente el detalle que le interesó para completar su exposición teórica del complejo de castración. Sin embargo, me parece que no está fuera de lugar el tomar la tragedia en su totalidad y examinar su sentido, sin apartar más que los elementos que sean verdaderamente accesorios.

Por lo pronto, el tema de la destitución del padre por el hijo, era ya un viejo tema griego, que además existía en otras culturas. En la mitología griega, Uranos fue desposeído por Cronos, a su vez destronado por Júpiter, dios reinante en la actualidad de la religión griega. Pero ni aun éste permanece seguro. Prometeo se rebela y roba el fuego divino para darlo a los mortales. Con tal motivo, Zeus lo condena a ser atado a un roca en donde los buitres le devoran las entrañas. Prometeo no se arredra y pronostica a Zeus que vendrá un día, en que un descendiente del mismo Zeus lo destronará y liberará a Prometeo de sus cadenas. Zeus, aterrado, trata en vano de indagar el nombre de su descendiente. Y en muchos otros lugares de la mitología griega, encontramos Edipos secundarios que también cumplen el destino de destronar al padre y ocupar su sitio. Este elemento primario, más el matrimonio con la madre y la "castra-

ción" simbolizada por el arrancamiento de los ojos, fueron los únicos elementos que preocuparon a Freud: "Según mi experiencia, ya muy repetida, sobre estas cuestiones, desempeñan los padres el papel principal en la vida anímica infantil de todos aquellos individuos que más tarde enferman de psiconeurosis, y el enamoramiento del niño por su madre y el odio hacia su padre —o viceversa, en las niñas— forman la firme base del material de sentimientos psíquicos constituido en dicha época y tan importante para la sintomática de la neurosis ulterior. Sin embargo, no creo que los psiconeuróticos se diferencien en esto grandemente de los demás humanos que han permanecido dentro de la normalidad, pues no presentan nada que les sea exclusivo y peculiar. Lo más probable es que sus sentimientos amorosos y hostiles con respecto a sus padres no hagan sino presentarnos amplificado aquello que con menor intensidad y evidencia sucede en el alma de la mayoría de los niños, hipótesis que hemos tenido ocasión de comprobar repetidas veces en la observación de niños normales. En apoyo de este descubrimiento, nos proporciona la Antigüedad una leyenda cuya general impresión sobre el ánimo de los hombres, sólo por una análoga generalidad de la hipótesis aquí discutida nos parece comprensible."¹

Después de describir brevemente el argumento de la tragedia tebana, Freud añade: "La acción de la tragedia se haya constituida exclusivamente por el descubrimiento paulatino y retardado con supremo arte —proceso comparable al de un psicoanálisis— de que Edipo es el asesino de Layo y al mismo tiempo su hijo y el de Yocasta." ... "Edipo rey, es una tragedia en la que el factor principal es el destino. Su efecto trágico reposa en la oposición entre la poderosa voluntad de los dioses y la vana resistencia del hombre amenazado por la desgracia. Las enseñanzas que el espectador, hondamente conmovido, ha de extraer de la obra, son la resignación ante los dictados de la divinidad y el reconocimiento de la propia impotencia. Fiados en la impresión que jamás deja de producir la tragedia griega, han intentado otros poetas de la época moderna, lograr un análogo efecto dramático, entretejiendo igual oposición en una fábula distinta. Pero los espectadores han presenciado indiferentes, cómo a pesar de todos los esfuerzos de un protagonista inocente, se cumplían en él una maldición o un oráculo. Todas las tragedias posteriores basadas en la fatalidad han carecido de efecto sobre el público."

La antigua tragedia sigue conmoviendo de igual modo al hombre moderno, "hecho singular cuya única explicación es quizá la de que el efecto trágico de la obra griega no reside en la oposición misma entre el destino y la voluntad humana, sino en el peculiar carácter de la fábula en que tal oposición queda objetivizada." Prosigue explicando Freud que la trama de la tragedia de Sófocles encierra una situación común a todos los hombres y que el destino de Edipo hubiera podido ser el nuestro. Así lo atestiguan nuestros sueños. "El rey Edipo, que ha matado a su padre y ha tomado a su madre en matrimonio, no es sino la realización de nuestros deseos infantiles". Sólo que, más afortunados que Edipo, hemos sido capaces de desviar nuestros deseos hacia

* Del Instituto mexicano de psicoanálisis.

¹ La interpretación de los sueños. Santiago Rueda, 1953, tomo I, p. 243 y sig.

otras metas." ... "la culpa de Edipo nos obliga a una introspección en la que descubrimos que aquellos impulsos infantiles existen todavía en nosotros, aunque reprimidos. Después recuerda Freud las palabras finales del coro, que muestran al orgulloso Edipo, antes poderoso rey, convertido ahora en una víctima del fatal destino; palabras que van a herir el orgullo del adulto, al descubrir que, mucho menos sabio de lo que se creía, no es más que un niño. En la cita textual de la tragedia, muestra Freud su preocupación por el destino del hombre, y aunque lo ligue a la situación incestuosa infantil, se percibe que le conmueve la condición humana en su sentido más profundo, de fuerza y debilidad contradictorias y la inconsistencia de la seguridad que la vida nos ofrece. Finalmente, recuerda que la misma Yocasta intenta tranquilizar a Edipo con las reveladoras palabras de que el sueño del incesto es frecuente en muchos hombres y carece de importancia con lo que confirma que se trata de un problema de fijación sexual. Más tarde interpretará el autocastigo como una simbólica castración, en la que los ojos representan los testículos.

Pienso que en la tragedia de Sófocles abundan las situaciones cargadas de sentido y que es posible extraer otra significación además de la pura atracción sexual por la madre y la desaparición del padre odiado. Para este fin, voy analizar algunos otros hechos de la tragedia. Pero antes debemos recordar el contexto en que está situada.

La mitología griega, antiquísima y complicada trama de leyendas, formaba parte del bagaje cultural del ciudadano griego que, profundamente conocedor de ellas, las tenía en mente cuando veía representar una tragedia aunque no desarrollase más que una pequeña fracción del cúmulo de leyendas, ligadas unas a otras en varios ciclos y constituyendo conjuntos que en la actualidad solamente conoce una persona versada en la cultura griega. Así, *La Iliada* narra solamente una parte del último año de la guerra de Troya, pasando por alto el rapto de Helena, el reclutamiento de los ejércitos aqueos y aliados, que duró diez años, los nueve años que llevaba ya el sitio de Troya, y ni siquiera termina con la caída de Troya. Como lo enuncia al principio, canta la cólera de Aquiles y sus consecuencias, hasta llegar a la muerte de Héctor. El resto de la historia, con diversas variantes, lo debemos buscar fraccionado aquí y allá. La trilogía de Edipo representa una fracción del ciclo tebano, presente en la mente del griego que asistía a la representación y el que integraba a ella mentalmente para darle su verdadero sentido. Estaban presentes en su mente todos los destronamientos de los padres por sus hijos a que nos hemos referido y algunos antecedentes de importancia en la historia del propio Edipo. En medio de este ambiente de imágenes sumergidas o flotantes, se desarrollaba la tragedia.

El propio padre de Edipo había sido también un destronado. En su huida, se amparó bajo el poder de Pélope, al que pagó su hospitalidad raptando a su hijo Crisipo, que le había sido encomendado. Cuando Pélope, consumido de impotente rabia les ve huir en un carro, invoca la maldición del cielo: "Layo, Layo, que nunca tengas un hijo, y que si llegas a tenerle, sea el asesino de su padre." Poco después, Layo recobra su trono y le vemos casado con Yocasta, con la que, a despecho de la maldición, engendra un hijo.

Así pues, en el origen de Edipo se hallaba la mancha de la culpa, tema central de muchas mitologías, y que sigue siendo aún dogma de la doctrina cristiana. Con el agua bautismal, se echan fuera a los demonios que el recién nacido ha traído consigo al nacer.

En la primitiva maldición, escuchada por Zeus, no estaba incluido el incesto con Yocasta, pero Layo llegó a la paternidad con una mala conciencia, egoísta y sin fe en la bondad de los hijos que engendraría. De antemano se siente padre de un monstruo, y al nacimiento de Edipo, no vaciló en mandarle arrojar a un monte para que pereciera, en complicidad con una madre también dominada por impulsos egoístas, e incapaz de experimentar amor materno. Le hacen atravesar los pies con una pica y lo entregan a un pastor para que lo abandone. El sentido de hacerle atravesar los pies (Edipo: "el de los pies hinchados") ha preocupado mucho a los simbologistas. Algunos piensan que era una precaución para que el espectro no pudiera andar; otros, que expresa el sentido terrestre de Edipo, criatura herida al nacer en su contacto con la tierra, y otras explicaciones más. El caso fue que los pastores, que siempre aparecen en estos relatos, lo recogieron y entregaron a los reyes de Corinto, llamados Pólipo y Mérope.

Aquí, Edipo encontró un hogar y creció como hijo. Esta nueva situación no ha sido tomada en cuenta para la interpretación de la tragedia, y pienso que no es un simple recurso dramático, sino que tiene un sentido. Si se tratara de un truco para alejar a Edipo de sus padres, permitirle crecer sin conocerlos y más tarde hacerle regresar, hubiera bastado con que permaneciera en la cueva del pastor, o en cualquiera otra parte. Pero no fue así, y la situación de Edipo en Corinto es descrita con todo detalle, y revalorada además por el propio Edipo, quien, al enterarse por el mensajero, de que es hijo adoptivo de Pólipo, se enfrenta, por primera vez en su vida, a la existencia del amor puro y desinteresado. Edipo exclama: —"Pues, ¿por qué me llamaba hijo?" —"Porque, fijate bien, un día te recibí de mis manos como un presente" —"¿Y así, habiéndome recibido de extrañas manos, pudo amarme tanto?" —"Sí, porque antes le afligía el no tener hijos."

¿A qué viene la explicación? Al iniciar Edipo el relato de su huida de Corinto, dice así: "Mi padre fue Pólipo el corintio, y mi madre la doria Mérope. Fui el hombre más respetado entre todos los ciudadanos, hasta que me ocurrió el siguiente caso..." Así pues, Edipo ocupaba en Corinto un sitio tan envidiable que no puede fácilmente comprenderse cómo lo abandonó. Los reyes de Corinto lo habían recibido con alegría y compasión. Nunca se menciona que Edipo haya quedado deformado por las perforaciones de sus pies, y se le puede imaginar como a un príncipe feliz, adoptado por unos padres que lo recibieron "como un presente", como un dón que les llenó de alegría. Los nuevos padres de Edipo le concedieron toda la oportunidad de vivir que los padres originales le habían negado, y sin el narcisismo que suele enturbiar el efecto de éstos por los hijos, a quienes consideran como continuación de sí mismos, parte de su carne y realización de sus anhelos frustrados. Los reyes de Corinto, no tenían esta especie de narcisismo. Le querían por él y nada más; era simplemente la ocasión de realizar el pro-



puesto afecto paternal. De este modo, Edipo, educado como hijo, estaba destinado a heredar el trono con todos los derechos. En la misma tragedia podemos ver cómo, a la muerte de Pólipo, los ciudadanos de Corinto, que aún recordaban y amaban al ausente Edipo, lo mandan buscar en su nueva y a la vez primitiva patria para ofrecerle el trono, lo que indica que Edipo era virtuoso y amado por su pueblo, como lo fue de sus padres adoptivos. Pero adolecía de una secreta falta, heredada de sus padres naturales: la falta de fe. Las demostraciones externas de afecto y aprecio de sus cualidades, no fueron capaces de mantenerle firme en los momentos de prueba. En este punto, vuelve a ser el hijo de Layo y de Yocasta. Veamos cómo el propio Edipo refiere la situación, volviendo de nuevo al pasaje ya citado: "Mi padre fue Pólipo el corintio y mi madre la doria Mérope. Fui el hombre más respetado entre todos los ciudadanos hasta que me ocurrió el siguiente caso, digno de admirar, pero no tanto que debiera llegar a inquietarme." Cuando Edipo relata el incidente que sigue, reconoce que su inquietud estaba fuera de lugar, que carecía de sentido y que, de no haber hecho caso de ella, la tragedia no hubiera ocurrido, pero esta consideración es tardía y fruto de la posterior sabiduría y experiencia. Prosigue: "En un banquete, un hombre que había bebido demasiado me dijo en su borrachera que yo era hijo fingido de mi padre. Apesadumbrado yo por la injuria, aguanté a duras penas aquel día; pero al siguiente pregunté por ello a mi padre y a mi madre, quienes llevaron muy a mal el ultraje y se indignaron contra el que lo había proferido. Las palabras de ambos me sosegaron; pero, sin embargo, me escocía siempre aquella revelación, que había penetrado hasta el fondo de mi corazón."

La respuesta de los padres de Edipo fue clara en su indignación. ¿Acaso con el cariño demostrado y la manera de tratarle no queda establecido que ellos eran sus padres? El enojo de los reyes de Corinto era el reproche a la ingratitud y a la falta de fe de Edipo, que en el momento de prueba resurgió como el hijo de los reyes de Tebas. Con polaridad luminosa, Sófocles nos muestra la expresión de violentos contrastes. Edipo no se considera a sí mismo un ser digno de amor, y rechazando lo que la realidad le muestra, reacciona con sentimientos de vergüenza, de duda y desesperación. Ha perdido la confianza en sus padres y por lo tanto no puede recurrir más a ellos. En este momento se siente solo y corre a Delfos, para interrogar al dios acerca de su origen. Sófocles no explica por qué Apolo no respondió a la angustiada pregunta de Edipo. En vez de una respuesta recibe un castigo. Edipo relata: "Apolo me rechazó, sin crearme digno de obtener contestación a las preguntas que le hice..." ¿Por qué el dios le consideró indigno, si solamente era un ser atormentado? La indignidad misma provenía de la falta de confianza, de la negación del indiscutible y noble afecto que Pólipo y Mérope le habían demostrado, así como de toda la consideración del pueblo corintio. Ante la duda fundamental acerca de lo que ha sido demostrado, no cabe otra actitud que la del rechazo. Apolo reacciona de modo semejante a los reyes de Corinto, pero adopta ante Edipo una actitud que éstos hubieran sido incapaces de adoptar. Lo castiga con la terrible revelación de su destino, como hijo de Layo y de Yocasta, pero sin referirle su origen en éstos. La

consulta al dios se hizo en secreto —"sin que supieran nada mis padres"—, en la soledad de su duda y en el alejamiento que su actitud le produjo. Por esto fue que el dios, en vez de compadecerse de él y tranquilizarle: "Me reveló los males más afrentosos, terribles y funestos, diciendo que yo me habría de casar con mi madre, con la cual engendraría una raza odiosa al género humano; y también que yo sería el asesino del padre que me engendró. Desde que oí tales palabras, procurando averiguar por medio de los astros la situación de Corinto, andaba errante lejos del suelo patrio, buscando lugar donde jamás viera el cumplimiento de las atrocidades que de mí vaticinó el oráculo."

En esta encrucijada emocional, se expresa la situación en que un ser humano puede encontrarse en los albores de su vida. Un niño no distingue fácilmente la realidad, desea cuanto ve y reacciona con envidia y egoísmo. Sin valorar lo que la situación paterna representa, quiere ocupar su lugar. Si el respeto y las consideraciones de su madre son para el padre, y se reserva para el niño una ternura diferente, en tan incierta situación, puede desear las dos cosas a un tiempo: ser el padre y ser el hijo. Este dilema lo veremos más tarde desarrollarse en Shakespeare, en el paralizado e indeciso Hamlet, cuya tragedia examina Freud después de la de Edipo, como si fuera la continuación histórica de éste.

En la tragedia de Edipo podemos ver, al igual que en la gente de nuestro trato cotidiano, que el deseo de alejarse de su desgracia no es para ellos más que una forma de huida, que los regresa en espiral al sitio donde nunca quisieron estar. La esposa elegida los regresa al punto en que los frustró su madre y el elegido esposo los retorna al punto de partida de sus relaciones con un padre del que desearon alejarse intensamente. El ciclo se cierra y a cada paso se demuestra, siguiendo las huellas de Edipo, que la actitud de huida no es más que el camino de retorno a la temida desgracia. La actitud de no enfrentarse con el destino obliga a someterse a él. Y en estas trampas de la vida, las apariencias están dispuestas para el engaño. O sea, que tras lo que creíamos la solución, se esconde aún el viejo problema, que aguarda la oportunidad de resurgir.

En su vida errabunda, huyendo de lo que teme, Edipo llega a los alrededores de Tebas y tropieza con su padre Layo, ignorantes ambos de su parentesco. Edipo es aún el arrogante y humillado joven que huye de la maldición que pesa sobre él. Por la misma (y por su duda), hostil e intolerante, se siente sin derechos. Layo es ya viejo e impaciente (Reyes, en su sobria y familiar expresión, lo llama simplemente "un viejo gruñón"), tampoco está dispuesto a tolerar ninguna pequeña dificultad en su bien trazada vida. Después de todo, mediante el sacrificio de los más nobles ideales humanos, había conservado su situación. Lo apartan del camino para seguir su libre curso, y Edipo, enfurecido en su humillación, mata a Layo y a sus criados, sin dejar más que a uno que dé cuenta, en Tebas, de lo sucedido; hecho indispensable a fin de que la tragedia se desarrolle.

En tales momentos, la ciudad de Tebas no puede preocuparse mucho por el asesinato de su rey, ya que se encuentra asolada por la Esfinge. Esta Esfinge, virgen irreductible y llena de rencor hacia los hombres, se había instalado en los alrededores de Tebas, en estratégico lugar para sorprender a los viajeros



varones y salirles al paso con la proposición de un terrible enigma que, al no ser resuelto, ocasionaba su muerte. Edipo buscó a la Esfinge que asolaba a la ciudad de Tebas, la cual de inmediato le propuso el consabido acertijo, que en nuestra época resolvería un niño de escuela, y quizá también en cualquiera otra época. Se trataba de encontrar cuál es el ser que comienza caminando con cuatro pies, después con dos y termina con tres, siendo más débil cuando más pies usa.

Naturalmente que la respuesta es *el hombre*, que nunca es más débil que cuando de niño gatea. En este enigma cree Alfonso Reyes ver mezclados los orígenes de la filosofía, y considera a la Esfinge como la patrona de los futuros sabios y maestros despechados, que proponen "toros" en los exámenes para darse el gusto de ver rodar al candidato.¹ De esta manera humorística nos enseña lo que en realidad representa la Esfinge: una virgen estéril que odia a los hombres y a la vida, y destruye cuanto le es posible, valiéndose de tretas intelectuales. Es una forma de ser que se conserva perfectamente actual y resume un "estilo de vida". Edipo resolvió el acertijo y la Esfinge se vio obligada a despeñarse, según acontecía de ordinario con esta clase de seres mitológicos, como las sirenas, que debían morir si fracasaban en sus intentos de seducción, con lo que se completa el "estilo de vida" iniciado con los retos y seducciones. Edipo aparece como el héroe de la vida. De esta manera libera a la ciudad de Tebas y obtiene como premio el trono y la mano de la reina viuda, su madre.

De aquí en adelante, Edipo fue el sabio y justiciero gobernante que, ignorante de los hechos fundamentales de su vida, se comportaba con arrogancia, seguro de hallarse sin culpa. Así pudo realizar de manera implacable la investigación que le hizo descubrir al criminal encubierto, causante de la peste que asolaba a Tebas: él mismo. Su arrogancia se desplomó cuando resultó ser el único ciudadano indigno de habitar en Tebas. Al serle revelado que Pólipo y Mérope no eran sus padres naturales, pudo recuperarse del primer golpe mediante su habilidad y sus hazañas, pero ahora no tiene ya posibilidad de escape. La tragedia finaliza con los lamentos de Edipo que, dolorosamente separado de sus hijas y ya ciego, exclama: "¡Oh habitantes de Tebas, mi patria!" "¡Considerad a aquel Edipo que adivinó los famosos enigmas y fue el hombre más poderoso, a quien no había ciudadano que no envidiara al verle en la dicha, en qué borrasca de terribles desgracias está envuelto!" Por eso, siendo mortal, debes tener siempre presente el último día, y no juzgar feliz a nadie antes que llegue al término de su vida sin haber sufrido ninguna desgracia. La desgracia es acompañante inseparable de la vida y una de sus condiciones. Es indispensable aceptarla. Edipo se prepara así para la vida de humildad en que lo veremos después.

La trama de la tragedia aparece absurda y llena de injusticia. Edipo llegó al mundo maldito y sin que lo quisieran sus padres. A pesar de éstos, salvó milagrosamente su vida, pero de nada le valió encontrar un nuevo hogar, puesto que también lo pierde y ha de regresar al punto de partida para que se cumplan los implacables oráculos de un destino del que no es responsable, y pagar con la ceguera y el destierro los crímenes que inconscientemente cometió, que fueron más bien

¹ Alfonso Reyes, *Obras Completas*, tomo XVII, Fondo de Cultura Económica, 1965, páginas 77-78.

resultado de las trampas del destino. Sin embargo, Edipo creyó merecer el castigo; aunque ya tarde, renegará de su culpa y adoptará una actitud diferente.

En *Edipo en Colona* se da a entender que Edipo no quería ya abandonar su palacio, donde hacía "dulce vida", pero que fue arrojado de él y se vio obligado a hacer una vida errabunda y miserable, asistido por la piedad de su hija Antígona. Seguía amando la vida, pero su carácter había cambiado. En vez del arrogante rey que no reconocía defectos y se enorgullecía de su poder, vemos ahora a un anciano inválido que debe recurrir a los demás para subsistir. El cambio más importante se ha realizado en su espíritu. Sobre todo, ha logrado perdonarse a sí mismo. Consideró su autocastigo como exagerado e injusto, producto de una irreflexiva momentánea reacción. Por esto, cuando Creonte pretende impugnarlo, se defiende vivamente, alegando que no fue consciente de ninguno de los crímenes cometidos, sino víctima del destino. De esta consideración nace una actitud hacia los demás, que anteriormente le era extraña. Edipo ha madurado en la desgracia y el sufrimiento, y en vez de dirigir la mirada hacia afuera ahora mira hacia adentro, al fondo de sí mismo y se ha vuelto sabio. Es también capaz de pedir y recibir, correspondiendo con agradecimiento en vez de huir con miedo. Difiere mucho del joven Edipo que huyó por no poder soportar la humillación de ser el hijo que recibe cariño gratuito. Depende ahora de su hija y acude a solicitar alojamiento de un hombre generoso que le devolvió a las hijas que, como padre anciano y ciego, no podía proteger.

Se ha especulado mucho sobre la influencia de la condición de Sófocles en el desarrollo de esta tragedia, ya que él mismo sufría de las penalidades de la vejez. Y se ha añadido además la trascendencia política de hacer morir a Edipo en las cercanías de Atenas, para dar así la solidez tradicional necesaria a su país. Todo puede ser. Sin embargo, las interpretaciones circunstanciales perturbaban la comprensión de una obra que en su conjunto aparece coherente y llena de sentido, aunque se adapte a circunstancias temporales y locales, como es inevitable que suceda con toda obra humana. Más bien podemos decir que dentro de ellas se desarrolla la obra que conocemos, sin perder su carácter de universalidad.

Cuando nos acercamos a alguna de las grandes creaciones, experimentamos una cierta sensación de familiaridad, derivada de las circunstancias locales, anecdóticas y particulares, pertenecientes a un contexto que la desprende de la abstracción pura e impersonal, y nos acerca a ella como el producto de otro hombre, que aunque muy distante, no difiere de nosotros en nada fundamental. Sin embargo, se puede también tener la impresión de que se sumerge uno en un mundo nuevo, percibido desde otra individualidad.

En el *Edipo en Colona*, aparecen tres situaciones dignas de atención. La primera es que Edipo, ciego ya, llegó a asemejarse al adivino Tiresias, poseedor de la sabiduría, ciego también y anciano, a quien Edipo tratara antes con irreverencia. Nos habla aquí un Sófocles ya viejo y hostigado por la dura condición de su ancianidad, particularmente en relación con sus hijos, y en esto demuestra también su madurez. La segunda es que al encontrar a Teseo, nos da en él, no el ejemplo de un rey arrogante o ambicioso, sino de generosidad, bondad y mesura. Cuando Edipo solicita el favor de Teseo, éste ex-



clama: "...yo nunca olvido que me crié en tierra extraña como tú, y que en el extranjero he sufrido como el que más, teniendo que afrontar los mayores peligros, arriesgando mi existencia. De modo que a ningún extranjero, como lo eres tú ahora, puedo dejar de proteger; pues sé que soy hombre y que el día de mañana no lo tengo más seguro que lo puedes tener tú".

La tercera situación peculiar es la relación con sus hijas, en particular con Antígona, la más apegada a él y la que tenía "carácter". Edipo, de arrogante y protector, se ha vuelto sumiso y queda para siempre ligado al afecto femenino. De Yocasta fue esposo e hijo, pero de Antígona es ahora no solamente el padre, sino también el hermano, el semejante. Así, Edipo realiza hacia la mujer, todos los tipos de relación fundamental que pueden establecerse, desplegados en dos direcciones. En esta múltiple relación se expresan las cambiantes posibilidades que constantemente nos unen con las personas que nos son más significativas. Analíticamente podemos hablar del amor materno, filial o fraterno, pero sólo puede hacerse abstrayendo modalidades, que en la realidad se nos dan en una corriente de emociones y actitudes que sólo artificialmente pueden disociarse. Hacia sus hijos, encarnación de las ambiciones, la ingratitud y la discordia, Edipo no concede perdón y los maldice, prediciendo que morirán a manos unos de otros. Así, la antigua lucha entre padres e hijos se perpetúa y sólo puede terminar con la destrucción de la estirpe. En la tercera tragedia de la trilogía, podemos ver cómo las maldiciones de Edipo se cumplen, y Antígona misma perece al intentar dar sepultura a su hermano, para que logre descansar.

Al final de la tragedia segunda, Edipo se prepara para la muerte, sabedor de que de un momento a otro Zeus le llamará. El oráculo prometió a Edipo que el país que tuviera su tumba se vería libre de calamidades. Concede a Teseo la prerrogativa de este poder, con la condición de que guarde el secreto. Al oír las primeras señales de Zeus, que le anuncian la muerte, Edipo se despoja de las sucias vestiduras, se hace lavar, ungir y vestir, y llamando a Tesco, se despide de sus hijas y se dirige al lugar donde misteriosamente desaparece, en medio de un prodigio que hace a Teseo cubrirse los ojos como si hubiese contemplado un espectáculo extraordinario y caer después en adoración de la Tierra y el Olimpo. "De qué manera haya muerto aquél, ninguno de los mortales puede decirlo, excepto el rey Teseo; pues ni le mató ningún encendido rayo del dios, ni marina tempestad que se desatara en aquellos momentos, sino que, o se lo llevó algún enviado de los dioses, o la escalera que conduce a los infiernos se le abrió benévolamente para que pasara sin dolor. Este hombre, pues, ni debe ser llorado ni ha muerto sufriendo los dolores de la enfermedad, sino que ha de ser admirado, si hay entre los mortales alguien digno de admiración."

Por lo general, los grandes héroes tienden a ser inmortales, o al menos a sobrevivir de algún modo, sin desaparecer a causa de una muerte ordinaria. Elías fue arrebatado al cielo en un carro de fuego; Jesús resucitó al tercer día y ascendió a los cielos; Quetzalcóatl se alejó por el mar en una balsa y se convirtió en estrella; los cuerpos de los santos permanecen incorruptos y se oyen rumores en sus tumbas; el Cid ganó una batalla después de muerto, y así

en incontables ejemplos. De este modo pasan a la inmortalidad y dejan de ser hombres ordinarios. Por la inmortalidad se despoja al héroe de su carácter humano y se le eleva al nivel de los dioses. Pero al convertirse en dios, el héroe deshumanizado se aleja de nosotros y no es ya un semejante. Sus virtudes y hazañas nos resultan inalcanzables, dentro de un lejano ideal. Pero si, en cambio, el héroe permanece cerca de nosotros, su carácter no es el de un inmortal; sigue siendo nuestro semejante y su imagen familiar nos hace partícipes de sus cualidades. En el caso de Edipo, solamente Teseo puede dar fe de su muerte, y Edipo se convierte en un mito para los demás mortales. El conocimiento y la posesión de su realidad es el regalo que Edipo hace a Teseo por su hospitalidad, considerándolo el hombre más digno de poseer esta forma de sabiduría. Es la herencia humana de la vida de Edipo, que ha adquirido grandeza trascendente, no ya a través de la situación exterior, sino de la depuración de su espíritu. En el final de Edipo no hay dolor, a no ser la lamentación de dejar a sus hijas, sino la aceptación digna y natural de su fin, entregando la herencia de su personalidad a otro hombre, sin arrogancia, amargura ni rivalidad. Al final Edipo ha trascendido su situación primitiva y logra lo que quería: "Murió en el país extranjero que deseaba; y lecho tiene bajo tierra, bien resguardado para siempre." O sea que Edipo deshizo su incesto y murió libre.

Aunque siempre se podrá plantear si toda la complicada trama de la trilogía de Sófocles, que empieza con los antecedentes de Layo, para hacer surgir al niño Edipo como hijo indeseado, y que debe morir, la desobediencia del criado encargado de abandonarle, su posterior entrega a los reyes de Corinto, y los múltiples incidentes de su desarrollo, no es sino recurso literario que hace posible el desconocimiento de sus padres, la tragedia posterior, la excesiva complicación del recurso y el cúmulo de innecesarios detalles, lleva a pensar que el conjunto tiene más de un sentido y no se puede limitar fácilmente al irreprimible deseo del incesto materno. Aun en su condición errante, Sófocles hace que Edipo permanezca en calidad de príncipe, e insiste con toda claridad en el afecto que sus padres adoptivos mostraron por él, en la solicitud con que le trataron y la plena aceptación que le dieron en su condición de heredero. Recuérdese además, que durante el desarrollo de la tragedia, muere el rey de Corinto y Edipo es llamado a gobernar, negándose a ello. Lo que le hizo huir y apartarse de sus padres adoptivos fue la humillación de ser amado gratuitamente y la duda de serlo en realidad. Edipo se queda extrañado al pensar que sus padres no legítimos pudieran amarlo a tal grado, y no alcanza a comprenderlo. Éste es el momento en que Edipo se marcha a Delfos y adopta la actitud de huida, en vez de hacer cara al problema. Podemos imaginar que si todavía con la segunda revelación hubiera regresado a Corinto y encarado con sus padres la verdad, Edipo no hubiera tenido necesidad de abandonar el país, y la tragedia no hubiera ocurrido. Huyendo, no suele conseguirse otra cosa que caer en un peligro mayor.

La persona que puede sentirse querida y confiar en la posibilidad de este afecto, queda bajo la protección que su confianza le da y escapa al conflicto de Edipo. La duda de ser querido, precipita a las personas a caer y permanecer



en la situación edipiana en la que se regresa a una madre que lo acepta independientemente de sus méritos. Este es un sueño muy común a los mortales, como la misma Yocasta se encarga de hacerlo ver a Edipo. Ninguna conquista es necesaria, y ante el temor a lo nuevo es preferible el regresar a la antigua imagen de la infancia.

Si no tomamos la tragedia de Sófocles en su secuencia temporal, sino en el sentido de un conjunto de situaciones que expresa quizá el mayor conflicto del hombre, podremos entenderla de la misma manera que si fuese un sueño, donde las barreras del tiempo y del espacio se borran para dar lugar a la expresión total. Edipo tuvo dos parejas de padres: unos buenos y otros malos. Los primeros, carentes de egoísmo y con afecto desinteresado hacia un hijo que no significa otra cosa que la oportunidad de quererle. Los segundos, cargados de culpa, temen al hijo y le odian, porque significa un obstáculo a sus tendencias egoístas.

La pareja negativa destruye la posibilidad de la acción benéfica de la otra. En la tragedia de Edipo, la paternidad se nos muestra dividida en las dos antagónicas parejas, extremas y simbólicas. En la realidad, las parejas de padre y madre de carne y hueso están compuestas por esta misma dualidad. Las polaridades se hallan confundidas y constituyen la expresión de la ambivalencia de todos los sentimientos humanos, a la que es imposible escapar. Cada padre real es una mezcla de Layo y de Pólibo, y cada madre es una mezcla de Yocasta y de Mérope. ¿Hasta dónde, en esta combinación, la proporción de elementos positivos y negativos se inclina hacia uno u otro extremo? Este es el punto crítico de la paternidad. En el mejor de los casos, cualquier padre o madre tendrá algo de Layo y de Yocasta; pero si la proporción no es significativa, la relación será positiva en sus elementos fundamentales y el desarrollo del niño está garantizado porque la confianza en los padres puede lograrse en forma suficiente.

Si, en cambio, predominan los elementos negativos, la relación del niño con sus padres se quebranta, y queda abandonado a la duda y a la soledad, permaneciendo en una situación edipiana, el campo más favorable para que se desarrollen la rivalidad y la lucha por el poder, a través de la hostilidad y la agresividad que representan la única salida para los impulsos de vivir. El orden creador se ha roto y sólo queda ya la solución violenta. El mundo exterior a la familia se experimenta como una proyección de ésta, y se ensayan en él los mismos modelos de conducta adoptados desde las primeras experiencias. No se trasciende así a la situación primera, y constantemente se tropieza y cae en ella.

La solución perfecta no existe, y aun puede suceder que una infancia exageradamente gratificada conduzca a la formación de un carácter en el que predomine la fantasía ilusa de permanecer para siempre en el perdido paraíso infantil. Comprendemos que una pequeña dosis de duda, de inquietud y de rivalidad, puede ser estímulo favorable al proceso de maduración y ayudar al desarrollo. Y en realidad, ningún hombre puede librarse del todo de atravesar por la situación edípica, con su anhelo de poder y su duda del afecto de los padres. Así, Edipo no representa el caso de un hombre particular, sino

una situación universal propia de la condición humana, que todos sufrimos llenos de vacilación y duda, con el deseo de alejarnos de nuestros padres y el impulso de volver a ellos, después de habernos alejado aparentemente. Nos muestra Edipo la imagen de lo que es el hombre, desde su nacimiento hasta su maduración final, alcanzada a través de penosos sufrimientos y de una lucha dirigida ya no contra los demás, sino contra las propias pasiones y obstáculos internos. Al final, es posible lograr el amor por sí mismo, la liberación de la culpa y la aceptación de la debilidad humana, paralela a su poder.